

# Don Quijote, la aspiración heroica de un hidalgo manchego

## Don Quixote, the Heroic Aspiration of a Gentleman from La Mancha

**Miguel Ángel Zamorano Heras**

<https://orcid.org/0000-0002-7049-3299>

Universidade Federal de Rio de Janeiro (UFRJ)

BRASIL

mazamorano@letras.ufrj.br

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 12.2, 2024, pp. 665-677]

Recibido: 08-06-2024 / Aceptado: 09-09-2024

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2024.12.02.37>

**Resumen.** El presente trabajo explora la idea de que la aspiración heroica de don Quijote es el rasgo central de su personalidad literaria. Se revisan algunos de los posibles motivos que originan la mutación de Alonso Quijano a don Quijote y, finalmente, se discute si el deseo aspiracional, a través en una identidad autocreada, es un acto emancipatorio o, por el contrario, la sujeción a valores de la ideología estamental, como el honor, a los que el hidalgo se vincula por herencia y cultura, y sin los cuales no podría interpretarse como miembro de ese grupo.

**Palabras clave.** Heroísmo; deseo aspiracional; honor; heteronomía.

**Abstract.** This paper explores the idea that Don Quixote's heroic aspiration is the central feature of his literary personality. It reviews some of the possible motives behind the mutation of Alonso Quijano into Don Quixote and, finally, it discusses whether the aspirational desire, through a self-created identity, is an emancipatory act or, on the contrary, the subjection to the values of feudal ideology, such as honour, to which the hidalgo is bound by inheritance and culture, and without which he could not identify himself as a member of that group.

**Keywords.** Heroism; Aspirational desire; Honor; Heteronomy.

## 1. EL DESEO ASPIRACIONAL<sup>1</sup>

El antropólogo Ernest Becker definió la sociedad como un sistema planificado de acciones simbólicas, «una estructura de *statu quo* y papeles, de costumbres y normas de comportamiento diseñadas para servir de vehículo al heroísmo terrenal», es decir, modelos adaptados para cada tradición, a través de los cuales se producirían diferentes formas de dramatizar «las heroicidades sobre la Tierra»<sup>2</sup>. La cultura del espectáculo, condicionada por las fórmulas de los productos de la sociedad del hiperconsumo, convaleciente por «la fiebre del cambio perpetuo»<sup>3</sup> y «consagrada a las pequeñas alegrías del bienestar emocional»<sup>4</sup>, también se especializó en explotar este anhelo, tanto en los resultados triunfales como en las tentativas problemáticas. Pero la cuestión planteada por Ernest Becker, en su fundamental estudio sobre el fracaso heroico, alerta sobre lo que las personas corrientes pueden llegar a hacer para obtener una recompensa anímica al actuar de forma heroica, puesto que este impulso compensaría la percepción de insulsa pequeñez que puede acompañar la existencia como una sombra incómoda. De manera que si, por un lado, el heroísmo exige sacrificio y riesgo, por otro promete gratificaciones en forma de estímulo motivacional y acicate compensatorio.

La aspiración heroica de don Quijote es quizá el rasgo central de su personalidad literaria. Antes incluso de indagar los aspectos socioculturales identificables en la novela hubiera bastado reconocer un primitivo impulso, pues, como defendía Nicolás Evreinov, tenemos un instinto universal de teatralización, que consiste «en el deseo de ser otro; de cumplir algo diferente; de crear un ambiente que se oponga a la atmósfera cotidiana. He aquí uno de los principales resortes de nuestra existencia»<sup>5</sup>. En la novela el motivo aspiracional es un proceso sostenido por el deseo, cuyos logros llegan al lector a través de procedimientos retóricos, de signo burlesco y paródico, provocando la conocida diversidad de efectos humorísticos. Varios estudiosos, de entre los que destacó Gonzalo Torrente Ballester, aventaron la hipótesis de que Alonso Quijano, al inicio de la novela, sintiera un deseo indefinido

1. Una versión preliminar de este trabajo se presentó en el I Congreso Internacional «Cervantes y el Quijote desde Alcázar», el 4 de noviembre de 2022, organizado por el Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra, la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan y el Ayuntamiento de dicha localidad. Deseo aclarar que la bibliografía sobre el heroísmo en el *Quijote* es extensa, pero la ausencia de una revisión del estado de la cuestión me condujo a decidir recoger únicamente la bibliografía citada en el texto. Preferí mantener la fidelidad al tono oral de la comunicación y a la forma ensayística imprimida originalmente, tratando de no perder el estilo académico y amparado en el recuerdo de las hermosas palabras que le dedicó Adorno: «el ensayo no admite que se le prescriba su competencia, fortuna y juego le son esenciales, [...] no empieza por Adán y Eva, sino por aquello de que quiere hablar; dice lo que a su propósito se le ocurre y termina cuando él mismo se siente llegado al final, y no donde no queda ya resto alguno: así se sitúa entre las "di-ersiones". Sus conceptos no se construyen a partir de algo primero ni se regodean en algo último. Sus interpretaciones no están filológicamente fundadas y medidas, sino que son por principio hiperinterpretaciones» (1962, p. 12).

2. Becker, 2000, p. 22.

3. Lipovetsky, 2007, p. 61.

4. Lipovetsky, 2007, p. 199.

5. Evreinov, 1956 [1908], p. 36.

e incumplido, resultado de una vida sedentaria que dejó pasar las oportunidades que podrían haberla transformado en algo más pleno: «es indispensable que haya llegado a los cincuenta años conteniendo sus ímpetus activos, mínimamente paliados por la caza». Para Torrente Ballester, Alonso Quijano comenzó a leer para salir de sí mismo y no aburrirse: «Como todo lector, sustituye su propia vida, su propia acción, por vida y acciones de otros, con los que se identifica»<sup>6</sup>. Antes de pretender ser don Quijote, se le fue despertando de a poco una desaforada ansia imitativa que se proyectó sobre figuras sobrehumanas que absorbieron su seso. La conciencia de estos caminos aún por trillar predispuso a don Quijote a una lógica de encubramientos en la que pudo cultivar su fantasía de ascensión. Este deseo aspiracional, con la fama como objetivo, suministraría a su poseedor la autoestima que le faltaba.

¿Pero qué sería de lo heroico sin los procesos culturales de legitimación? Por mucho que un personaje literario se esfuerce por trascender sus "concretizaciones ordinarias", como ocurre con Alonso Quijano en su afán de transfigurarse, corresponde en último término a la comunidad, a través de sus instituciones, distinguir a sus miembros y elevarlos al panteón de la memoria. Castoriadis denominó estos procesos «investiduras sublimadas»<sup>7</sup>. Tomados unilateralmente, tales impulsos no sirven de mucho si los grupos sociales y los tipos literarios que representan la sociedad en la novela los ignoran o desapruaban. Se crea a partir de aquí en el *Quijote* una división primera entre el héroe y su sociedad, y más tarde la posibilidad de explorar y dar voz a lo que el vocablo "sociedad" oculta: sus particularismos y singularidades de visión y pensamiento. Eso explica que quienes no se benefician de esa compensación anímica ni de esa promesa cifrada en la psicología motivacional del postulante a héroe, perciban tal proyecto y arrebatos desde un exterior desvinculado y lo califiquen consecuentemente como quimera, inmodestia, temeridad, presunción o sencillamente locura. El mosaico de alteridades desplegado por el proyecto narrativo de Cervantes acentuaba no solo un juego polifónico de rica complejidad sino la base para juzgar un ego desde una pluralidad de rechazos, que generaron lo que Spitzer llamó perspectivismo<sup>8</sup>, aplicado en este caso al fenómeno de la polionomiasia o fluctuación deliberada de los nombres.

Karl Jaspers destacó en la valentía una cualidad heroica y se preguntó por su significado: «No es la vitalidad en sí misma ni la energía de lo tenaz, sino la libertad respecto a la obligación de la existencia»<sup>9</sup>. Consistiría, a su parecer, en algo común «entre los hombres que se poseen a sí mismos, aunque los contenidos en lo que creen sean diferentes»<sup>10</sup>. La sustancia ética parece importar menos que el gesto que convierte al sujeto, al afirmar la convicción sobre ese contenido, en potencia. Al poseerse a sí mismo, la persona no solo se emancipa de estos deberes a que lo condiciona su estado, entorno e identidad, asignada por todos los marcadores que

6. Torrente Ballester, 2004, p. 48.

7. Castoriadis, 2002, p. 135.

8. Spitzer, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*».

9. Jaspers, 1960, p. 87.

10. Jaspers, 1960, p. 87.

dicen quiénes somos y lo que se espera de nosotros, también este gesto en última instancia está en disposición de despreciar la muerte, como condicionante biológico de muchas decisiones, de manera que «cuanto más grandioso es el héroe y la idea en que vive, tanto más trágico el acontecer y tanto más profundo el ser que revela»<sup>11</sup>. Por algún misterioso rodeo estas palabras se adecúan bien para definir la voluntad de grandeza que siente el hidalgo manchego. Su gesto afirmativo de querer ser un caballero andante parece desencadenar de inmediato una liberación y al mismo tiempo despertar una potencia, complejo anímico que contrasta con los apáticos estados, cuasi depresivos, de quien se entrega al mero vivir pero que en el fondo no se conforma con ello.

Las monótonas tareas exigidas con las que el mero vivir justifica su existencia no desencadenan necesariamente, por sí solas, el conflicto de la percepción deficitaria sobre el valor que uno tiene. A este déficit vital apuntado por Torrente Ballester y al universal deseo de ser otro, reivindicado por Nicolás Evreinov, habría que añadir un tercer motivo, este sí de índole sociológico. Si hay un conflicto subyacente en Alonso Quijano, que lo lleva a evadirse como lector, no se reduce exclusivamente al tedio de una vida monótona en una aldea manchega, sino a otra causa plausible, el incumplimiento de unas obligaciones impuestas a su condición de hidalgo, obligaciones sociales que se esperan por ser uno quién es. Antonio Rey Hazas situó el problema planteado por la obra en la perspectiva del conflicto estamental, que Cervantes introdujo al crear un personaje que siente la presión, por un lado, del orgullo de su linaje, hidalgo de solar conocido, «el más prestigioso segmento jerárquico de la hidalguía»<sup>12</sup>, y por otro, la humillación en la que se encuentra por su limitada hacienda, que dificulta el pleno ejercicio social de ese mismo estatus:

Nos encontramos ante un personaje literario perfectamente definido en la estructura social de la época por su pertenencia al más prestigioso segmento jurídico de la hidalguía, al de los llamados hidalgos de sangre, o de solar conocido, o de devengar quinientos sueldos: estas tres denominaciones reciben los únicos hidalgos considerados nobles de verdad por la aristocracia media y alta. No obstante, tal afirmación solo es aceptable si nos referimos exclusivamente al estatuto jurídico de nuestro héroe, pero no lo es tanto cuando detenemos nuestra atención en su situación económica, o en el prestigio social de su rango. Porque lo cierto es que, desde estas nuevas perspectivas, la posición de nuestro hidalgo se ve sustancialmente modificada. No podemos olvidar que la nobleza se definía verdaderamente por la asociación de estos tres factores que venimos considerando, pues era necesario poseer, simultáneamente, no solo un estatuto jurídico privilegiado, sino también un cierto nivel económico (capaz de sostener una vida acorde con dicho privilegio) o un reconocimiento social para ser identificado como miembro de la élite nobiliaria<sup>13</sup>.

11. Jaspers, 1960, p. 88.

12. Rey Hazas, 2005, p. 279.

13. Rey Hazas, 2005, pp. 279-280.

De manera que la polaridad, representada por la interacción Alonso Quijano-Don Quijote, responde, en forma de conflicto del carácter, al problema de una existencia literaria consciente de vivir inmersa en su medio ambiente por debajo de lo esperado y exigido a su condición. Este sentimiento de pertenencia herido sí es compatible con una fantasía escapista que procura labrarse una segunda identidad con la esperanza de terminar con las pesadumbres que recaen sobre la primera.

La impotencia para cumplir las exigencias sociales exigidas explica, en la metamorfosis Quijano-Quijote, el motivo de fondo para dramatizar esta peculiar forma heroica del deseo aspiracional. Al mitigar con el auxilio de la fantasía los terrores de la poquedad de la propia vida, el esfuerzo del personaje hacia su objetivo puede reapropiarse por lectores en análogas circunstancias. Apacigua también en ellos «el dolor de la especificidad cósmica, cualquiera que sea la forma bajo la que puede enmascararse»<sup>14</sup>. La conexión empática funcionaría en la novela primero desde el personaje hacia su alter ego y después, con el significado de esa operación, del personaje hacia el lector, lo que permite entender una de las razones de su universal éxito.

El mundo de Alonso Quijano se resumía en una vida sosegada, un ánimo apaciguado y tal vez escéptico. Una existencia no imbuida por el anhelo perturbador de lo heroico, que supo filtrar el impulso de la aventura, ponderar posibilidades y reducir a su debido lugar las tentaciones del idealismo heroico y su manía por lo grandioso, apreciando las bondades de lo cotidiano, reconciliándose con lo pequeño y asumiendo en la poquedad del ser el estado en equilibrio del protoplasmático organismo humano. Sin embargo, llegado un momento crítico, esa contenida existencia desencadena el drama cómico del que dará cuenta el resto de la novela al tematizar la pugna sobre la conciliación de estos impulsos. Lo apacible y sosegado solo reflejaba la superficie de un espejo que escondía un ego insatisfecho, de cuya crisis surge el proyecto de un yo triunfante restablecido de sus heridas. Parece posible afirmar entonces que la creación de don Quijote corre paralela a la defunción de Alonso Quijano, su *alter ego* colapsado. La llegada de lo nuevo exige la muerte simbólica de lo caduco. Para quien tiene dañado el ego por una herida narcisista y la existencia se reduce al mero vivir, una fantásica mutación óptica parece una respuesta satisfactoria para paliar ese malestar, muy en consonancia, por cierto, con el sentido primigenio de lo carnavalesco y su juego de inversiones simbólicas. Era necesario crear un ser con características optimizadas, dotarlo de un propósito definido y de un foco para orientar actos y pensamientos. A partir de la "autocreación" de don Quijote<sup>15</sup>, el personaje comienza a percibirse como un destino. Circunstancia que solo logran algunos seres de novela privilegiados. Este se sentirá poseedor de una fuerza que no proviene de la razón y que, si comparada con ella, siempre la sobrepasa. No significa que don Quijote emplee y use de manera ineficaz el raciocinio en sus discursos e interacciones comunicativas, sino que,

14. Becker, 2000, p. 32.

15. Martín Morán, 2006.

al comparar la potencia de esta capacidad para justificar el proyecto andantesco, se intuye insuficiente, como si latiera la sospecha de algo mayor y más grandioso autorizando la conducta extemporánea del caballero, evidenciando incongruencias y contradicciones resueltas de manera insuperablemente humorística.

Ian Watt tocó de refilón este problema en su análisis comparado sobre cuatro mitos literarios del individualismo moderno, entre los cuales se encontraba don Quijote. El crítico británico traslucía un prudencial escepticismo al distanciarse de la creencia de algunos antropólogos, específicamente de Joseph Campbell y de su libro *Las mil caras del héroe*, donde defendía que «el hombre no es un ser absolutamente racional». Desde esta suposición de partida el pensamiento mítico era superior, con respecto a la conciencia racional, pues este tipo de historias, entre la que cabe incluir la novela de Cervantes, «son en cierta medida simbólicas, esto es, representan sentidos más amplios y perdurables de lo que literariamente denotan las acciones que contienen y representan», en el sentido de que «incorporan y discuten algunos de los valores más elementales de una sociedad»<sup>16</sup>. A tenor de esta creencia, la razón no alcanza a comprender el sentido último de decisiones vitales radicales porque el ser humano expresa con ellas un sentido primigenio, reactivo a la transparencia total y completa de la conducta, de manera que cualquier intento de atraparla y disponerla ante el otro en un comprensivo orden racional, aniquilaría el inefable misterio en el que se anora la vida interior.

Sin entrar a fondo en el mérito de la controversia, lo cierto es que cuando se novela el caso de la subordinación de la vida a una idea elevada llegamos a la inevitable conexión de don Quijote con lo heroico. Para superar la sensación de poquedad existencial y del tedio concomitante, y también para derrotar la convicción de estar por debajo de lo demandado por su entorno social, Alonso Quijano inicia con la lectura de libros de caballería un proceso escapista para ser otro. A partir de aquí, su sofocada mente alumbrará un ego con una grandiosa misión: restaurar los valores de la antigua caballería andante y reparar las injusticias hacia los más vulnerables y desfavorecidos.

## **2. AFIRMAR LA IDENTIDAD O ESCAPAR DE ELLA. LAS APORÍAS DEL DESEO Y LA LIBERTAD**

Las contradicciones expresadas por don Quijote con la caracterización ridícula en los primeros capítulos del libro evidencian, a través de la distancia irónica, la desconfianza con que Cervantes percibiría los crueles mecanismos sociales de su tiempo para otorgar valor a las personas, de modo a poder vivir sin culpa con su pequeña porción de estima, ganada a expensas de un continuo y vigilado esfuerzo. Exponiendo veladamente las causas de la ansiedad de Alonso Quijano, y su conversión en don Quijote, la novela apunta indirectamente a los factores sociales como el origen de la pérdida de confianza y la sensación de poquedad en el hidalgo manchego. Esta circunstancia visibiliza de forma indirecta ese nebuloso poder del Otro, juez interior, representado en los valores coercitivos que la sociedad estamen-

16. Watt, 1999, p. 12.

tal impone al individuo por *ser quién es* y que cada personaje elabora en razón de sus características literarias y funciones en el género de obra en que aparece. A través de tales valores y exigencias inherentes se llega a una paradójica situación. El deseo en apariencia liberador de Alonso Quijano de fundar una identidad nueva, dando a entender con ello un emancipatorio acto de voluntad soberana, en verdad también indica una forma de sometimiento, inducido por los valores de la ideología estamental, a los cuales el hidalgo se vincula por herencia y cultura, y sin los cuales no podría interpretarse como miembro de ese grupo. El proyecto andantesco, que encarna don Quijote, representa el síntoma que permite entender la ansiedad de Alonso Quijano, causada por la pérdida de valor en relación con su conciencia de hidalgo de sangre que no está a la altura de lo demandado por su grupo social de referencia.

Resulta una feliz paradoja que la voluntad de alcanzar la fama de don Quijote posibilite al mismo tiempo la curiosa forma de libertad de un personaje alienado. Sin miedo a combinar elementos que se repelen, en estas raras conciliaciones puede apreciarse la distancia escéptica con que Cervantes relaciona las coerciones que exige esa sociedad, con la culpa que desencadena en personajes que toman decisiones draconianas, temerarias o sencillamente disparatadas, como la de lanzarse al mundo a enderezar tuertos y a desfacen agravios. La lógica de este mecanismo se sustenta, como sabemos, en las leyes del honor. Estas se expresan codificadas en las convenciones de la narrativa y del teatro áureos. En la Comedia Nueva, por ejemplo, se explota incansablemente esta fórmula a través de personajes femeninos, donde una inocente victimizada se ve de pronto sometida por una presión psicológica que le provoca culpabilidad por no haber conseguido impedir la violencia deshonorosa que el victimario ejerce sobre ella al privarla de algún bien simbólico fundamental.

Recordemos el personaje de Isabel en la célebre obra de Calderón *El alcalde de Zalamea*. El bellissimo soliloquio de la joven proclamando su desgarrada reflexión, desorientada y confusa en medio de un monte, huyendo del hermano y tras ser violada por el capitán don Álvaro de Ataide<sup>17</sup>. El soliloquio se interrumpe cuando se

17. «ISABEL.- ¡Nunca amanezca a mis ojos / la luz hermosa del día, / porque a su sombra no tenga / vergüenza yo de mí misma. / ¡Oh, tú, de tantas estrellas primavera fugitiva, / no des lugar a la aurora, / que tu azul campaña pisa, / para que con risa y llanto / borre tu apacible vista, / o ya que ha de ser, que sea / con llanto, mas no con risa! / ¡Detente, oh mayor planeta, / más tiempo en la espuma fría / del mar! Deja que una vez / dilate la noche fría / su trémulo imperio; deja / que de tu deidad se diga, / atenta a mis ruegos, que es / voluntaria y no precisa. / ¿Para qué quieres salir / a ver en la historia mía / la más enorme maldad, / la más fiera tiranía, / que en vergüenza de los hombres / quiere el cielo que se escriba? / Mas, ¡ay de mí!, que parece / que es fiera tu tiranía; / pues desde que te rogué / que te detuvieses, miran / mis ojos tu faz hermosa / descollarse por encima / de los montes. Ay de mí, / que acosada y perseguida / de tantas penas, de tantas / ansias, de tantas impías / fortunas, contra mi honor / se han conjurado tus iras. / ¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir? / Si a mi casa determinan / volver mis erradas plantas, / será dar nueva mancha / a un anciano padre mío, / que otro bien, otra alegría / no tuvo, sino mirarse / en la clara luna limpia / de mi honor, que hoy, ¡desdichado!, / tan torpe mancha le eclipsa. / Si dejo, por su respeto / y mi temor afligida, / de volver a casa, dejo / abierto el paso a que digan / que fui cómplice en mi infamia; / y ciega e inadvertida / vengo a hacer de la inocencia / acreedora a la malicia.

escucha, fuera de escena, la voz de Pedro Crespo, en alguna parte del monte, solicitando al agresor que regrese para matarlo, pues así será «piadoso homicida». Efectuada la primera muerte, la simbólica y más importante, con el secuestro de su hija, que le arrebató el honor, sin el cual la persona nada vale, la otra solicitada, la física, servirá además para hacer un bien al convertir en piadoso a su asesino. La lógica de estas antinomias subraya la importancia de la adherencia de cada individuo, a través de sus papeles sociales, a los valores y principios de ese sistema estamental de privilegios y diferencias. Ahora bien, la belleza como Calderón expresa el sentimiento de Isabel no debe ocultar las relaciones de sentido problemáticas entre los miembros de esa sociedad, ni despistar sobre cómo operan en la psicología individual los valores que ese sistema le impone por ser quien es y por representar lo que representa, ni las exigencias a que lo somete para mantener sus obligaciones de lealtad, obediencia y castidad en el caso de las hijas casaderas. La pérdida de tales bienes inmateriales, denominados virtudes por quienes los manosean, a través de los cuáles se obtiene la percepción de lo que uno vale para los demás, y también para sí, acarrea en muchas de estas sombrías comedias una tormenta de culpable responsabilidad, con consecuencias desastrosas, que conducen a distintas formas de penitencia, desde las fatídicas soluciones donde se evita la muerte, pero no el castigo del inocente, hasta la radical expiación sacrificial del personaje.

Se sabe que para satisfacer la demanda de intensas emociones por parte del público del corral este procedimiento se fosiliza, pero no por ser un cliché teatral, el cliché deja de expresar un factor sintomático de una cultura que lo demanda para su consumo y un vehículo de mediación de sentidos, aunque surja filtrado por la distorsionadora membrana del espectáculo o de la narración literaria. De modo que la tentación de pensar que Isabel escapa del castigo sería ciertamente inexacta. Puede que escape del castigo que padecen otras inocentes víctimas calderonianas, como consecuencia de la ansiedad de la sospecha que tortura a los maridos en relación a una probable infidelidad: también sujetos a la angustia de verificar el delito, que nunca se comprueba de facto, prefieren anticipar la condena para terminar con su propia angustia. La reclusión conventual decidida por Pedro Crespo para su hija no puede decirse que simbolice la solución para desactivar la culpabilidad que interioriza la familia en cada uno de sus miembros. De nuevo vemos a la sociedad presionar, con sus normas y valores innegociables, y de nuevo vemos a los personajes actuar de la manera que entienden y pueden en función de sus determinaciones y características. Unos y otros aspiran a que su comportamiento se apruebe tácitamente por la institución del honor, para mantener intacta la percepción de su valor y en alto, como espadas, los indicadores de la autoestima.

Isabel y Alonso Quijano son personajes en obras y géneros muy diferentes, pero poseen en común una forma de rechazo hacia sí con exigencias muy duras hacia sus personas. La diferencia de respuestas entre Isabel y Alonso Quijano estriba en que la joven labradora verbaliza su crisis y con ello se distancia de su padecimiento

*/ ¡Qué mal hice, qué mal hice / de escaparme fugitiva / de mi hermano! ¡No valiera / más que su cólera  
altiva / me diera la muerte, cuando / llegó a ver la suerte mía? / Llamarle quiero, que vuelva / con saña  
más vengativa / y me dé muerte; confusas / voces el eco repita, / diciendo...».*

al objetivarlo en el discurso. En cambio, el hidalgo manchego, en lugar de expresar su estado en un autoanálisis confesional, lee compulsivamente hasta parir el síntoma por el que va a transformar la ansiedad en goce, es decir, hasta crear a don Quijote, como remedio triunfal a la inexpresiva existencia de Alonso Quijano. Isabel llega a pedir la muerte a su padre y no reclama por su reclusión. Pertenece al grupo de personajes que se preparan psicológicamente para infligirse una disciplinaria autoagresión como forma expiatoria de una culpabilidad difusa que los arrecia con insoportable aflicción. Alonso Quijano representa un caso muy distinto. Actúa buscando en los libros lo que no encuentra en su aldea y dará ocasión a que su mente lo traicione produciendo el carácter que verdaderamente lo defenderá de las hostiles agresiones de una realidad que a su manera lo atacó. El carácter autoconstituido es la respuesta eficaz ante una realidad hostil, el dispositivo psicobiológico de defensa del individuo en el medio simbólico de la cultura particular. Entiéndase por realidad hostil esos difusos mecanismos sociales revestidos de valores, normas y principios, que problematizan la conciliación del mero vivir con lo gozoso y obstaculizan la aceptación de lo dado como suficiente, de ahí que se explique la necesidad de recurrir a acciones extraordinarias o desatinadas. En todo caso, parece existir una relación congruente entre el sentido de la identidad negada por Alonso Quijano y la afirmación de un tipo de carácter o personalidad que refleja estos anhelos. Resumidamente lo que se busca es lo heroico, concepto nunca definido que sin embargo jamás desaparece del horizonte de la existencia en alguna de sus múltiples manifestaciones.

Resulta necesario reconocer, no obstante, que el significado peyorativo atribuido al mero vivir sería en el *Quijote* la inferencia sobre un hecho no autenticado en la novela por ninguna de sus vías, pues no hay datos aportados literalmente que nos permitan garantizar que Alonso Quijano sufre una crisis de autoestima por la cual devora libros de caballerías con el resultado ya conocido. Se trata tan solo de una intuición plausible, coherente con el impulso anímico irreductible de don Quijote; en segundo lugar, de la sospecha fundamentada en el trabajo de Torrente Ballester o en el referido de Antonio Rey Hazas sobre la conciencia de Alonso Quijano de su condición de hidalgo de sangre venido a menos, lo que permite basar una hipótesis de lectura sobre un punto de indeterminación de la novela. Apostar en esta hipótesis permite seguir pensando los argumentos aducidos por el teórico del heroísmo y sus fracasos, Ernest Becker, que sostiene que el ser humano necesita un cierto nivel de narcisismo operativo, a partir de un sentimiento básico del propio valor, donde la seguridad de la autoestima no consiste solamente en

una gota ciega de protoplasma holgazán, sino en una criatura con un nombre que habita en un mundo de símbolos y sueños, no solo de materia. Su sentimiento de autovaloración se constituye simbólicamente, su tan apreciado narcisismo se alimenta de símbolos sobre la base de una idea abstracta de su propio valor; una

idea compuesta de sonidos, palabras e imágenes que están en el aire, en la mente, en el papel. Todo esto significa que el anhelo natural de la persona por la actividad orgánica, los placeres de la incorporación y la expansión emocional, puede nutrirse sin límites en el campo de los símbolos y, por tanto, en el de la inmortalidad<sup>18</sup>.

Estas palabras parecen pensadas específicamente para entender el ansia aspiracional de don Quijote. Su problema parece vincularse a una conciencia exacerbada, deseosa por adentrarse en un mundo de símbolos y sueños solo alcanzables con la aventura. En ellos pueden originarse «los placeres de la incorporación y la expansión emocional», a cuya conquista don Quijote no está dispuesto a renunciar.

Otro rasgo heroico reconocible en don Quijote sería la necesidad de tener enemigos de cierta talla. En líneas generales, la creación de enemigos es un proceso inherente a la creación de identidad. Para persuadir a sus lectores de que la enemistad es lo constitutivo de la identidad, Byung-Chul Han recurre a la teoría política de Carl Schmitt. En uno de sus pasajes el jurista alemán sostuvo que «la existencia del ego se debe únicamente a la defensa inmunológica del otro en cuanto enemigo»<sup>19</sup>. Esta idea encaja con la necesidad vital de don Quijote de encontrar con urgencia contrincantes a los que combatir y hechiceros a los que atribuir sus adversidades, porque «El enemigo es nuestra cuestión como configuración... por esa razón debo confrontarme con él en lucha para conquistar mi propia medida, mis propios límites, mi propia configuración»<sup>20</sup>. Hay, no obstante, matices a tener en cuenta. A juicio de Carl Schmitt, crearse más de un enemigo puede ser un signo de división interna que dispersa el ego e impide la manifestación del *sí mismo* inequívocamente en toda su nitidez: «tener más de un único enemigo real es interpretado como indicio de falta de identidad del sí mismo, pues la pluralidad de enemigos dispersa el ego»<sup>21</sup>. Las personas desatentas a los procesos constituyentes de identidad expresan un déficit de conciencia respecto de las fuerzas que las moldean, aunque con don Quijote y su locura caballeresca estas fuerzas de buenas a primeras se ven al trasluz de un personaje que, aunque no sea del todo consciente del alcance de sus actos, al defenderlos desafía tales fuerzas y las visibiliza. Consigue que salgan de la zona de sombra desde la que irradian su acción modeladora y su proceso de estandarización sobre las dispersas individualidades que no pueden separarse del unitario cuerpo social que desde el fondo las cohesionan.

La aspiración heroica que obliga al hidalgo a crearse un *alter ego* al que combatir y con el que medirse, transforma la acción quijotesca en un tangencial tema de política identitaria, cuya fuente no remite a las tradicionales agencias del Estado, la Iglesia, el Estamento o la Familia, sino a un generador de subjetividad emergente, el Ego, que reclama poder decidir el modo de ser propio, sin permitir interferencia de otros campos. Aunque no posea plena conciencia de este acto, don Quijote se convierte en un incómodo agente político porque administra su identidad para reconciliarla con su deseo, a expensas, en apariencia, de la razón del Otro, la ley

18. Becker, 2000, p. 30.

19. Han, 2021, pp. 87-88.

20. Han, 2021, p. 88.

21. Han, 2021, p. 88.

comunitaria y la norma pública. Pero, retomando lo anticipado, aunque este gesto parezca, a los ojos de una lectura actual, un acto subversivo de la voluntad emancipada, notado por el narrador como pérdida del juicio, un fallo inmunológico de la mente que no protege su identidad sino que pretende transformarla radicalmente, la creación de don Quijote responde a un deseo conservador de Alonso Quijano por engrandecer sus originarias señas de identidad, por integrarse sin fisuras en su estamento y reivindicar mediante la fantasía aspiracional la pertenencia cuestionada por su déficit de posibilidades económicas. Alonso Quijano huye de sí mismo para que don Quijote lo redima de su fracaso y exprese lo que Alonso Quijano no pudo. Como si para engrandecerse hubiera que encontrarse en lo diferente, habitando un arduo y enigmático recorrido experiencial en las antípodas de uno mismo.

El sentido del deseo aspiracional nos enseña en los trayectos de algunos personajes literarios el modo como trabajan las fuerzas y valores sociales que operan sobre el individuo desde la zona de sombra. Por un lado, don Quijote soluciona la pérdida de autoestima de Alonso Quijano, mitiga la culpa por no estar a la altura de lo demandado socialmente a un hidalgo de solar conocido que lo impulsa a renunciar al *mero vivir*. Por otro, combate las dinámicas erróneas de la realidad histórica de su tiempo, donde los criterios y valores precapitalistas parecen ir disolviendo el sólido mundo medieval, donde los códigos eran confiables y claros a la hora de interpretar las interacciones humanas. En este desconcertante ministerio, la emancipación aparente de una acción subversiva, en realidad se motiva por el deseo de acatar la exigencia de un orden social inflexible. De modo que pueden encontrarse sutiles similitudes entre don Quijote y la sociedad del rendimiento de nuestro tiempo, en la cual diferentes teóricos<sup>22</sup> describen procesos análogos en los que la sensación de libertad encubre un deliberado sometimiento a inercias y consignas de un mundo que nos ha convencido que debemos trabajar hasta la extenuación por aquello que creemos para estar satisfechos y recompensados con nuestra misión vital.

### 3. A MODO DE CONCLUSIONES

Bajo el pretexto literario de su locura libresca, don Quijote encaja como un perfecto epítome de los venideros siglos: un personaje que necesita desatar diferencias en su proceso de individuación para atribuirse valor y encontrar sentido a su vida, aunque sea a costa de negar radicalmente su identidad para ser posterramente más original en su identidad. Que necesita afirmarse en un acto de soberanía para poseerse a sí mismo y descubrir su fuerza. Que prescinde de la conformidad de terceros al emprender una cruzada personal con el mundo, fidelizando su propio código explicativo para crear después el relato apelando al panegírico de una mitología personal. Pero atento siempre a contentar una proyectada y confusa esfera imaginaria que lo terminará juzgando.

22. Han, 2012; Friedrich, 2018.

Lo que queda inconcluso es el dictamen sobre el valor del idealismo, que tantos ríos de tinta ha hecho correr. Es decir, si el ideal grandioso al que se entrega el personaje en su secreta fantasía heroica lo emancipa, o si, por el contrario, lo aliena al introducirlo en un pantanoso proceso subjetivo de falsa conciencia. El sentido del gesto heroico libera del mero vivir y de las concretizaciones de la existencia al afirmar con orgullo: *yo sí puedo*, solo tengo que esforzarme y vencer al cansancio. Este gesto se interpretó muy a menudo como un formidable impulso hacia la libertad. Don Quijote representa con este paso la máxima expresión literaria del *yo sí puedo*, el lado opuesto al que ocupa el personaje de Melville, *Bartleby el escribiente*, que descubre el poder de la negatividad prefiriendo no hacerlo. Mediante la fórmula *yo no quiero poder hacerlo*, este héroe de la negatividad contemporánea comunica la renuncia a la acción como forma de resistencia a la coerción disciplinaria que le viene de la zona de sombra. Don Quijote prefiere hacerlo porque ese paso le descubre el poder o, al menos, el irresistible reflejo de una ilusión que compensa la pérdida del goce narcisista en su persona, confrontada con las exigencias incumplidas por su conciencia de pertenencia a su estamento social.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, W. Theodor, *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, 1962.
- Becker, Ernest, *La negación de la muerte*, Barcelona, Kairós, 2000.
- Calderón de la Barca, *El alcalde de Zalamea*, ed. Stefano Arata, *Teatro de Palabras. Revista sobre teatro áureo*, 3, 2009.
- Castoriadis, Cornelius, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*, México, FCE, 2004.
- Evreinov, Nicolás, *El teatro en la vida*, Buenos Aires, Leviatán, 1956 [1908].
- Friedrich, Sebastian, et al., *La sociedad del rendimiento*, Pamplona, Katakak, 2018.
- Han, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.
- Han, Byung-Chul, *Topología da violência*, Petrópolis, Editora Vozes, 2021.
- Jaspers, Karl, *Esencia y formas de lo trágico*, Buenos Aires, Sur, 1960.
- Lipovetsky, Gilles, *La felicidad paradójica*, Madrid, Anagrama, 2007.
- Martín Morán, José Manuel, «Autocreación de don Quijote», en *El «Quijote» en Buenos Aires: lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, ed. Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego Vila, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2006, pp. 187-198.
- Rey Hazas, Antonio, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Madrid, Eneida, 2005.

Spitzer, Leo, «Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*», en Centro Virtual Cervantes, *Antología de la crítica sobre el «Quijote» en el siglo xx*, en línea, [https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/spitzer.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/spitzer.htm).

Torrente Ballester, Gonzalo, *El «Quijote» como juego y otros trabajos críticos*, Barcelona, Destino, 2004.

Watt, Ian, *Mitos del individualismo contemporáneo*, Madrid, Cambridge University Press, 1999.